

IX. LAS OTRAS HISTORIAS

50. Esclavos negros

Por casualidad, tuve ocasión de ver algunas secuencias de una película que se reponía estos días por televisión sobre aquel gran campeón de boxeo que fue Cassius Clay y que al convertirse en líder de los Musulmanes Negros tomó el nombre de Muhammad Ali. En la película (que, según me han dicho, reproduce fielmente la realidad) se deshace en virulentos ataques contra aquellos malvados cristianos que redujeron a sus antepasados a la esclavitud y lanza una apología a favor de esos buenos hermanos que resultarían ser los seguidores del islam.

Caigo de las nubes: pase que un boxeador no sepa nada de historia, pero es intolerable que se hallen en semejante estado de ignorancia todos los no negros que muestra la película (reproduciendo la realidad, repito), avergonzados y mudos ante ese huracán de insultos. Valdría la pena pensar un momento en esto, dado que se trata del enésimo ejemplo de una franca manipulación de la verdad.

Antes que nada, Muhammad Ali parece ignorar que las únicas zonas del mundo en que la esclavitud, además de tolerarse, está regulada legalmente (contraviniendo los acuerdos internacionales) son precisamente aquellas donde la saria, el derecho extraído directamente del Corán, está plenamente en vigor. Para éstos, la esclavitud no constituye ningún problema, es más, se trata de una institución inmutable de la sociedad. Según Mahoma, el creyente puede suavizarla pero no abolirla. Todavía en la actualidad, las víctimas privilegiadas de las razzias de los árabes musulmanes son, como siempre, los negros precisamente, aunque también sean islámicos como Clay. En los países donde conviven árabes y negros, caso del Sudán, estos últimos son sometidos de manera cruel y habitual.

Jean François Revel, un laico de toda confianza, escribe: «El único tráfico de esclavos que se recuerda siempre es el de las Américas. La memoria histórica ha olvidado el crimen del esclavismo en el mundo árabe, los veinte millones de negros que fueron arrancados de sus pueblos y transportados por la fuerza en el mundo musulmán, entre los siglos VII y

XX. Se olvida que, por ejemplo, a finales del siglo XIX en Zanzíbar había doscientos mil esclavos sobre trescientos mil habitantes. También se olvida que en un país islámico como Mauritania la esclavitud todavía era legal en 1981. Fue abolida formalmente en 1982, pero, allí como en todas partes, sigue perdurando sin obstáculos.»

Respecto a los casi cuarenta millones de africanos deportados a las dos Américas entre el siglo XVI y 1863 (fecha de abolición de la esclavitud en Estados Unidos), es sin lugar a dudas una tragedia espantosa de la que deben avergonzarse calvinistas holandeses, luteranos alemanes, anglicanos británicos, católicos portugueses y españoles. (Hay que aclarar que para estos últimos, como «malvados» católicos, la condena de la trata por parte de Roma se produjo de inmediato, desde finales del siglo XV; Pablo IV ratificó la prohibición de la esclavitud en 1537 y Pío V en 1568; Urbano VIII repite en 1639 acaloradas palabras contra «un semejante y abominable comercio de hombres»; en 1714 le toca a Benito XIV bramar contra el hecho de que los cristianos conviertan en siervos a otros hombres. En esta misma línea «oficial» se manifestaban santos como Pedro Claver, que realizaron prodigiosos actos de caridad a favor de los hermanos negros. Por el contrario, muchos ignoran que la esclavitud en las colonias francesas se restableció en 1802, por orden de aquel hijo predilecto de la Revolución que fue Napoleón.)

Pero también deberían avergonzarse de la trata «cristiana» hacia las Américas algunos animistas negros y muchos árabes musulmanes. A estos últimos se les adjudicó la captura de los esclavos y el transporte hasta los puertos; en cuanto a los negros, es un dato desgraciadamente cierto que no con poca frecuencia eran los jefes de las tribus quienes ofrecían a la venta a sus hermanos. La historia (que es cruel porque siempre desbarata nuestro deseo de dividir la humanidad en buenos y malos) debe registrar además otros hechos penosos. Por ejemplo, que muchos esclavos liberados en el siglo XIX pensaron en sacar provecho de la experiencia madurada en sus propias carnes y no supieron hacer nada mejor que dedicarse a la trata de otros negros. O que los esclavos emancipados por algunos filántropos americanos y asentados en el país que, justo por esta causa, se llamó Liberia, desde 1822 hasta hoy han estado oprimiendo cruelmente a los otros negros que ya habitaban en el territorio por considerarlos «inferiores».

Y aquí nos detenemos. Lo que nos empuja es recordar que el pecado nos une a todos: a los cristianos, sí, pero también a los «devotos musulmanes y a los bondadosos negros».

51. Cinturón de castidad

La entrada es cara y me disgustaría ser también uno de los que contribuyen a una iniciativa cuyo éxito estimula nuestro lado oscuro. Pero, ya que para los periodistas la entrada es gratuita, me cuelo en la exposición, itinerante por Europa, de antiguos instrumentos de tortura. El título —*ça va sans dire*— es «La Inquisición», casi como si «la peor cara del hombre» (así se ha subtulado la exposición) sólo se hubiera manifestado en esos remotos tribunales. Éstos, a decir verdad, causaron menos víctimas en medio milenio que un solo año de los regímenes estalinistas, hitlerianos, sudamericanos o iraníes. En cuanto a la tortura, ya se sabe que ésta había sido un atributo achacable únicamente a la fanática intolerancia cristiana y que, al liberarse de ella, el «hombre nuevo» se negaría siempre a practicarla... ¡Como testimonian los informes anuales de Amnistía Internacional!

Entre los objetos expuestos se hallan algunos cinturones de castidad, que, según explica el catálogo, no eran en absoluto «instrumentos de tortura». Dentro de la sistemática campaña de difamación contra la Edad Media, se atribuyó su Uso sobre todo a los cruzados («inexplicablemente, sin la menor prueba documental»), escriben los comisarios de la muestra: pero la explicación está en la difamación, que no rehúye las falsedades, de esa época marcada por la fe y, en particular, de aquella bestia parda que fue el extraordinario movimiento por las Cruzadas. Ateniéndonos a un cierto estilo de contar la Historia, el individuo que salía para las Cruzadas tenía que ser, además, un sanguinario salteador, un católico misógino y tal vez algo cornudo; o que, para no llegar a serlo, no encontraba mejor solución que encerrar a la mujer en un cepo de hierro.

En realidad —como informa dicho catálogo— bastaría con pensar un poco para advertir que semejante sistema habría causado en poco tiempo la muerte a la mujer por septicemia o tétanos. ¿Y entonces? Entonces, está documentado que eran casi siempre las propias mujeres las que se procuraban esos arneses en caso de viaje, estancias en albergues o al paso de bandas militares. En resumen, se trataba de un método de autodefensa contra una violencia en la que los maridos (ni siquiera los cruzados) nada tenían que ver. Algo de especial actualidad en estos días nuestros de violencia sexual creciente...

De acuerdo, esto no es más que una pequeña anécdota, pero no resulta irrelevante cuando constituye una de las tantas piezas falsas de un mosaico exagerado.

52. *Jus primae noctis*

«*Jus primae noctis*: delante de ciertas interpretaciones aberrantes basadas en juegos de palabras, de las que este presunto "derecho" es un

ejemplo clamoroso, cabe preguntarse si la Edad Media no habrá sido víctima de un complot de los historiadores.»

Así escribe Régine Pernoud en un pequeño diccionario sobre tópicos (casi siempre falsos) referidos a la Edad Media.

En realidad, es indudable que ha habido un «complot», al menos en el sentido de presentar bajo la luz menos halagüeña posible un período abominado por los iluministas, que lo veían marcado por las «tinieblas de la superstición religiosa» y no por la Razón; y por los protestantes, que percibían en esa época el triunfo de una Iglesia católica a la que identificaban con el Anticristo mismo.

Vamos a detenernos esta vez en uno de los aspectos más peculiares de aquella difamación. ¿En qué consistió realmente el *jus primae noctis*, aquel «derecho de pernada» que todavía hoy muchísima gente está convencida de que se practicaba en la Europa «cristiana»? Con ayuda tal vez de los manuales mal leídos en clase, se cree que consistía en el privilegio del feudatario de «iniciar» la misma noche de la boda a las jóvenes que contraían matrimonio en los territorios en los que señoreaba. Se supone que los pobres villanos, los míseros siervos de la gleba, habrían tenido que aguantar la suprema humillación de acompañar a su joven esposa al castillo para que probara hasta la mañana siguiente la cama del lúbrico patrón. No faltan novelas populares —pero también, *hélas*, textos de los denominados «históricos»— en las que se hace creer que pretendían hacer uso de ese derecho hasta los obispos propietarios de tierras. En cualquier caso, si la «consumación» del matrimonio ajeno la perpetraba un feudatario laico, la Iglesia, que tenía el poder de impedir el suplicio, o no se habría opuesto o lo habría tolerado, haciéndose cómplice del mismo.

Todo esto es completamente falso, al menos en lo que concierne a la *christianitas* de la Europa occidental y católica. Subrayamos «occidental» porque en la oriental, de tradición greco-eslava (aunque, todo sea dicho, con la manifiesta oposición de la Iglesia ortodoxa), parece ser que hasta el siglo XVII los grandes latifundistas pretendieron realmente conseguir semejante «derecho» de sus siervos. Éste también estaría aceptado en las castas sacerdotales de algunas religiones no cristianas. Entre otros, estaba vigente en algunas tribus africanas y, especialmente, en la América precolombina. Ese *jus* sexual se practicaba entre el clero budista de zonas asiáticas como Birmania. No hay ninguna huella en lo que respecta a la Europa católica.

Pero, entonces, ¿cómo ha podido surgir una leyenda todavía hoy tan firmemente aceptada?

Para entenderlo hemos de recordar qué era lo que se denomina «siervo de la gleba». Esta expresión suele pronunciarse con horror, como si se tratase de una continuación de la antigua esclavitud. Pero no es así en modo alguno: los «siervos de la gleba» eran campesinos que obtenían en

concesión de un señor, el feudatario, un lote de tierra suficiente para mantenerse a sí mismos y a sus familias. El uso del suelo venía compensado por el campesino mediante una cuota sobre la cosecha, en ocasiones con un pago en moneda y con prestaciones varias sobre las otras tierras del señor (las famosas *corvées*, que —a pesar de la difamación que de ella hará la propaganda revolucionaria— solían revestir un carácter social, en beneficio de todos, como la construcción y mantenimiento de puentes y caminos y el saneamiento de terrenos pantanosos).

Como sigue diciendo Pernoud: «El término "siervo" se ha comprendido mal, ya que se ha confundido la servidumbre del Medioevo con la esclavitud que fue la base de las sociedades antiguas, y de la que no se halla *ningún rastro* en la sociedad medieval. La condición del siervo era completamente diferente a la del antiguo esclavo: el esclavo es un objeto, no una persona; está bajo la potestad absoluta del patrón, que posee sobre él derecho de vida y muerte; le está vedado el ejercicio de cualquier actividad personal; no tiene familia ni esposa ni bienes.»

La investigadora francesa continúa: «El siervo medieval es una persona, no un objeto: posee familia, una casa, campos y, cuando le ha pagado lo que le debe, no tiene más obligaciones hacia el señor. No está sometido a un amo, está unido a una tierra, lo cual no es una servidumbre personal sino una servidumbre real. La única restricción a su libertad reside en que no puede abandonar la tierra que cultiva. Pero, hay que señalar, esta limitación no está exenta de ventajas ya que si no puede dejar el predio tampoco se le puede despojar de éste. El campesino de la Europa occidental de hoy día debe su prosperidad al hecho de que sus antepasados eran "siervos de la gleba". Ninguna institución ha contribuido tanto a la suerte, por ejemplo, de los agricultores franceses. El campesino francés, asentado durante siglos en la misma superficie, sin responsabilidades civiles, sin esas obligaciones militares que el campo tuvo ocasión de conocer por vez primera con los reclutamientos masivos impuestos por la Revolución, se convirtió así en el verdadero dueño de la tierra. Sólo la servidumbre medieval podía crear un vínculo tan íntimo entre el hombre y el suelo. Si la situación del campesino de la Europa oriental ha permanecido tan miserable se debe a que no conoció el vínculo protector de la servidumbre. Así, el pequeño propietario, abandonado a sus recursos y a cargo de una tierra que no podía defender, padeció las peores vejaciones que permitieron la formación de inmensos latifundios.»

Son detalles que, por otro lado, deberían inducir a una mayor prudencia a quienes, partiendo de prejuicios ideológicos o de la sugestión de las palabras (*servus glebae*, feudo, feudatario...), no captan el lado positivo de instituciones tan poco abominadas por los interesados, al punto que sólo se produjeron revueltas entre los siervos de la gleba cuando, por instigación monárquica, se impuso su liberación...

A este arraigo, socialmente benéfico, a la propiedad se debe el nacimiento del presunto *jus primae noctis*. Al principio de la era feudal, el campesino tenía prohibido contraer matrimonio fuera del feudo porque ello causaba un deterioro demográfico en áreas y zonas cuyo mayor problema era la falta de población. Pernoud refiere: «Pero la Iglesia no cesó de protestar contra esa violación de los derechos familiares que, en efecto, desde el siglo x en adelante fue atenuándose. Se estableció en sustitución del mismo la costumbre de reclamar una indemnización monetaria al siervo que abandonase el feudo para contraer matrimonio en otro. Así nació el *jus primae noctis* del que se han dicho tantas tonterías: sólo se trataba del derecho a autorizar el matrimonio de los campesinos fuera del feudo. Dado que en la Edad Media todo se traducía en una ceremonia, este derecho dio lugar a gestos simbólicos, por ejemplo poner una mano o una pierna en el lecho conyugal, utilizando unos términos jurídicos específicos que han provocado maliciosas o vengativas interpretaciones, completamente erróneas.»

Nada que ver, pues, con un presunto «derecho» a desvirgar a la aldeanita. Y nada que ver, con mayor razón, con la completa licencia sexual de la que disponía en la antigüedad pagana el amo sobre sus esclavos, considerados como puros y simples objetos de trabajo o placer.

Por lo que, según la humorada, verídica, de un historiador: «La servidumbre de la gleba medieval provocó vivas protestas: las de los propios siervos cuando se los quiso "liberar", exponiéndolos de ese modo a la pérdida de seguridad proporcionada por un terreno a cultivar en su beneficio y en el de sus descendientes; puestos a merced, ya sin la defensa de los guerreros del señor, de las incursiones de los salteadores; haciéndolos caer en poder de los ricos latifundistas y de los usureros; exponiéndolos al servicio militar y a los agentes fiscales de la autoridad estatal.»

53. Riquezas vaticanas

Solamente dos datos —pequeños, pero significativos e irrefutables— a propósito de las habladurías acerca de las habituales «riquezas de la Iglesia».

El presupuesto de la Santa Sede —es decir, de un Estado soberano con, entre otras cosas, una red de más de cien embajadas, «nunciaturas» y todos esos «ministerios» que son las congregaciones, además de los secretariados y un sinfín de oficinas—, ese presupuesto en 1989 era, pues, igual a menos de la mitad del presupuesto del Parlamento italiano. En resumen, tan sólo los diputados y senadores que acuden a los dos edificios romanos (en otro tiempo pontificios) de Montecitorio y Palazzo Madama

cuestan al contribuyente más del doble de lo que cuesta el Vaticano a los ochocientos millones de católicos en todo el mundo.

Estos católicos ¿son muy generosos? No lo parece, dado que esos ochocientos millones de cristianos ofrecen cada año a su Iglesia donaciones inferiores a las que dan los dos millones de americanos miembros de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Por no hablar de los Testigos de Jehová o de las demás sectas —la Iglesia de la Unificación de Sun Moon, por ejemplo—, las cuales disponen de capitales que mueven e invierten en todo el mundo y que ponen en ridículo las «riquezas» del Vaticano. Las únicas, sin embargo, de las que se habla con indignación.

A esos que se indignan se les escapa el detalle que semejantes riquezas (a diferencia de lo que ocurre con las nuevas sectas, iglesias y cenáculos que no dejan nada por demás) se han puesto a trabajar a lo largo de los siglos con una «inversión» que dio, da y dará siempre dividendos extraordinarios. Y a la «inversión» en arte se debe la prosperidad de innumerables ciudades de Europa, y sobre todo de Italia.

¿Qué sería Roma si sólo contase con esas escasas ruinas imperiales, si una serie ininterrumpida de papas no le hubiese puesto encima las famosas y criticadas «riquezas» para crear el que tal vez sea el mayor conjunto artístico del mundo, repartido por todos los barrios? Alguien debería recordar a políticos, periodistas y demagogos varios que se dedican a moralizar en Roma sobre el «dinero del Vaticano» que en esa misma ciudad casi la mitad de la gente vive de los ingresos del turismo surgido, precisamente, de gastar dinero «católico», siglo tras siglo, a favor del arte. Si —aquí como en cualquier otro sitio— se reconoce al árbol por los frutos, hay que decir que tantos siglos de administración pontificia de Roma, aun con sus sombras (pero no más graves que la media del tiempo) han dado como fruto dotar a la ciudad de un capital capaz de producir una riqueza sin fin.

A propósito del dinero, la campaña de escándalo contra el ocho por mil del impuesto sobre la renta de las personas físicas que los contribuyentes pueden poner libremente a disposición de la Iglesia italiana ignora (o pretende ignorar) cuál es el trasfondo histórico.

En 1860 los piemonteses, con el fin de alcanzar (y bloquear) a Garibaldi en el sur, aprovechando para aniquilar por la fuerza al nuevo reino, invadieron las regiones pontificias de la Romaña, las Marcas y Umbría. De todas sus posesiones, a la Iglesia sólo le quedó el Lacio, que también se vio invadido y confiscado por los Saboya en 1870. Todo esto fue considerado como una completa y verdadera rapiña por los historiadores de derecho internacional, y por cierto que no todos católicos: se escandalizaron por la superchería hasta los grandes juristas de la luterana Alemania de Bismarck. A esto siguió ese otro clamoroso abuso del secuestro y confiscación de todos los bienes eclesiásticos italianos: desde

los monasterios a las instituciones benéficas, los campos y las iglesias mismas. Confiscación a la que, atención al dato, no precedió ninguna indemnización.

Para intentar salvar la cara frente a la comunidad internacional —y para dar una cierta seguridad a las masas católicas que representaban la enorme mayoría, silenciosa porque estaba excluida del voto, de los súbditos del nuevo reino de Italia— inmediatamente después de la apertura de Porta Pia, el gobierno de los liberales aprobaba la llamada Ley de las Garantías (*Guarentigie*). Una ley que, reconociendo implícitamente que la conquista sin ni siquiera declaración de guerra, de todos los territorios de un Estado violaba el derecho de gentes, atribuía un «reembolso» al Papa, como soberano saqueado. La suma se estableció como una renta de casi tres millones y medio de liras-oro: una enormidad para un Estado como el italiano cuyo presupuesto era de pocos centenares de millones de liras. Una enormidad que confirmaba sin embargo la magnitud de la «rapiña» perpetrada.

Sin embargo, el Tratado de las Garantías no fue aceptado por ambas partes, pues era una ley unilateral del gobierno saboyano: los papas nunca la reconocieron ni quisieron aceptar ni un céntimo de esa llamativa cifra. Para subvenir a las necesidades de la Santa Sede prefirieron confiar en la caridad de los fieles, instituyendo el Óbolo de san Pedro.

Sólo casi seis décadas después, en 1929, se alcanzaron los Pactos Lateranenses, que incluían un concordato y un tratado que regulaba también las relaciones financieras. El tratado restablecía el principio de aquel «reembolso» por la confiscación del Estado pontificio y de los bienes eclesiásticos que el mismo gobierno italiano de 1870 había juzgado necesario. Se estableció de ese modo que Italia pagaría 750 millones al contado y que asumiría algunos gastos como el de una paga para los sacerdotes «al cuidado de las almas». Esa paga se basaba en parte en los créditos que la Iglesia vertía al Estado italiano, y en parte surgía de las nuevas funciones públicas —como la celebración y el registro de matrimonios con rito religioso, que también poseían validez civil— que los pactos atribuían a la Iglesia.

Así pues, las concesiones económicas de 1929, motivo de tanto escándalo por la polémica anticlerical, no eran un «regalo», el fruto de un favor «constantiniano», sino el abono (si bien, sólo parcial) de una deuda derivada de las expoliaciones del siglo XIX.

La reciente revisión de los Pactos Lateranenses, obra del gobierno socialista encabezado por Bettino Craxi (y no democristiano, como podría esperarse), debería juzgarse desde esta perspectiva histórica. En esa revisión, por otro lado, se supera el concepto, absolutamente legítimo a la luz del derecho internacional, de «reembolso» y se instaura el de la contribución voluntaria de la que el Estado se limita a hacer de recaudador.

El famoso «ocho por mil», pues, se enmarca en una coyuntura más que centenaria de la historia italiana. Pero ¿quién se acuerda de ella?

Pues sí: intentemos vender —a beneficio, qué sé yo, de los pobres negritos— los tesoros del Vaticano. Empecemos, por ejemplo, con la *Piedad* de Miguel Ángel, que está en San Pedro. El precio de salida, según dice quien ha intentado aventurar una valoración, no podría ser inferior a los mil millones de dólares. Sólo un consorcio de bancos o multinacionales americanas o japonesas podría permitirse semejante adquisición. Como primera consecuencia, esa maravillosa obra de arte abandonaría Italia.

Y luego, esa obra que ahora se exhibe gratuitamente para disfrute de todo el mundo caería bajo el arbitrio de un propietario privado —sociedad o coleccionista multimillonario— que podría incluso decidir guardársela para sí, ocultando a la vista ajena tanta belleza. Belleza que, además, al dejar de dar gloria a Dios en San Pedro, daría gloria en algún búnker privado al poder de las finanzas, es decir, a lo que las Escrituras llaman «Mammona». Tal vez el mundo tendría un hospital más en el Tercer Mundo, pero ¿sería verdaderamente más rico y más humano?

54. Islam

Hace algún tiempo nos preguntábamos cuál era el significado, la función del islam en el misterioso plan divino. ¿Por qué, después de Jesucristo, Mahoma? ¿Qué misión iba a cumplir en la organización providencial este monoteísmo surgido de improviso e imprevisto?

A estas consideraciones que intentamos hacer al plantearnos estas cuestiones, tal vez se le añadiría otra de igual importancia, cuyo rango se pone de especial manifiesto a causa de la guerra en el golfo Pérsico contra el Iraq de Saddam Hussein.

El despliegue en los desiertos de Arabia de la mayor coalición de la historia, con una potencia de alcance varias veces superior a la exhibida en toda la segunda guerra mundial, sería del todo incomprensible desde una perspectiva puramente política o militar. ¿Se ha hecho todo este gigantesco esfuerzo sólo para permitir el retorno a la patria a un emir multimillonario y a su corte de esposas, concubinas, eunucos y demás acaudalados cortesanos? ¿Las democracias occidentales en acción de guerra —y, por si fuera poco, ondeando motivaciones idealistas— para reinstaurar un régimen semifeudal? ¿El mundo entero decidido a llegar hasta el final en nombre de un país como Kuwait que prácticamente no «existe», siendo poco más que una construcción artificiosa del colonialismo europeo, trazada con una regla sobre el desierto más estéril y sin casi población «indígena», puesto que casi todos los habitantes son emigrados recientes?

En efecto, creemos que, tras la rendición de Iraq, nadie se conmovió viendo a emires y cortesanos abandonar, con sus gruesos anillos y relojes de oro macizo, el lujoso hotel de Arabia Saudí utilizado como «sede del gobierno en el exilio» para regresar a Kuwait City con un cortejo de Rolls Royce. Por otro lado, Kuwait era famoso (y criticado) en el mundo por su fuerte rechazo a compartir con los «hermanos musulmanes» la increíble riqueza producida por el petróleo. Alguna que otra dádiva, como la efectuada para la construcción de la mezquita de Roma, no anulaba en modo alguno la fama de avaricia egoísta. ¿Se había enviado a la juventud de Occidente a sufrir y a arriesgar la vida por amor a estos sátrapas mimados?

Por supuesto, el petróleo explica algunas cosas. Estados Unidos e Inglaterra, los líderes de la coalición pro Kuwait, poseen en sus respectivos territorios pozos suficientes como para llegar a la autosuficiencia. Pero el pequeño país del golfo Pérsico no interesa tanto por ser proveedor de crudo como por su enorme concentración financiera: de sus miles de millones de dólares (de los que sólo una pequeña parte se consigue invertir en el propio país) dependen increíbles intereses con sede en las bolsas de Londres y Nueva York. Estados Unidos (y, en parte también Gran Bretaña) tienen además una deuda pública alarmante apuntalada con los medios financieros que obtienen sin esfuerzo los magnates kuwaitíes de esos novecientos pozos que los iraquíes han incendiado por el camino.

Probablemente, la cruzada internacional proclamada por Estados Unidos, con la cobertura de la ONU, a favor de aquel remoto arenal es uno de los poquísimos casos en los que el tosco esquematismo marxista (la guerra como medio de defensa y ofensa del capitalismo) se ha acercado en cierto punto a la realidad. Pero tampoco aquí, como de costumbre, puede explicarlo todo la economía. En esta guerra ha habido «algo» más. Ese «algo» que se esconde detrás del «Nuevo Orden Mundial» del que tantas veces habló el presidente norteamericano Bush, al igual que el líder británico y el presidente francés.

¿No parecería demasiado excesivo sacar a colación un «Nuevo Orden Mundial» para una guerra de trasfondo regional, contra un país cuyo ejército, a pesar de estar armado por rusos y también por occidentales, prácticamente no pudo reaccionar? El balance de víctimas en la coalición occidental fue al final igual a una pequeña parte de los muertos en las carreteras de cualquier fin de semana.

Un principio de explicación puede venir del hecho, recordado explícitamente por el Gran Maestro de la masonería italiana, Di Bernardo, en una entrevista publicada en *La Stampa* en marzo de 1990. Al igual que casi todos sus predecesores desde los tiempos de George Washington, George Bush es desde siempre un seguidor de las logias. Es más, posee «un grado 33 del Rito Escocés Antiguo y Asmitido». O sea, ocupa el grado más

alto de la pirámide de los «Hermanos». El Dios tantas veces invocado por el presidente, antes, durante y después de la guerra es, sin la menor duda — según la tradición del poder americano, por otro lado—, el Gran Arquitecto, cuya simbología se basa antes en el dólar que en el Dios de Jesucristo.

Éstas son ideas complejas, que han de exponerse con mucha prudencia dado el peligro de caer en el delirio del «ocultismo» esotérico o en la obsesión de quien detrás de la Historia sólo ve el «gran complot» de sociedades secretas. Sin embargo, es cierto que el término «Nuevo Orden Mundial» pertenece desde siempre al vocabulario masónico, es más, representa la meta final de esta orden. Un mundo «nuevo», una humanidad «nueva», una religión «nueva», sincretista y, por consiguiente, tolerante y universal que se alzarán sobre las ruinas de los credos «dogmáticos», los grandes enemigos contra los cuales combate el «humanismo» masónico desde 1717.

El cristianismo y el islamismo son los «grandes enemigos». El primero, al menos en su versión protestante, hace tiempo que además de capitular se unió sin rodeos a la lucha de las logias: la presencia de los grandes dignatarios anglicanos (seguidos luego por los de otras confesiones) es constante desde los inicios de la masonería. Algo similar ocurrió en la ortodoxia oriental, cerrada en parte sobre su arqueologismo y, al nivel de las altas jerarquías, en parte también convertidas al Gran Arquitecto. Es un dato cierto, por ejemplo, que el difunto y prestigioso patriarca de Constantinopla, Atenágoras, perteneció a las logias. Respecto al catolicismo, es muy evidente la actual conversión de al menos una parte de la *intelligentsia* clerical de Occidente a un «humanismo» entreverado de sincretismo, defendido en nombre de la «tolerancia».

El islamismo permanece como un resistente baluarte, enrocado en la defensa del «dogmatismo» religioso. Como ya se dijo: «El único grave y, por el momento, insuperable obstáculo para el Nuevo Orden, para el Gobierno Mundial masónico lo constituye el islam: aunque las altas cúpulas de esos pueblos también estén infiltradas, las masas musulmanas no están dispuestas a aceptar una ley que no sea la del Corán y un poder político basado en un "Dios" impreciso y no en el Alá del que habló Mahoma. Si tiene que haber un gobierno mundial, el islam no está dispuesto a aceptar ninguno que no lleve el sello del Corán y sus mandamientos.»

¿Es éste, pues, el significado providencial (que sólo ahora empieza a quedarnos claro) de la aparición y la persistencia del islam? ¿Tal vez se encuentra en su oposición radical a un mundo unificado por la economía occidental y por un vago espiritualismo basado en una divinidad desvinculada de cualquier verdad revelada, y que por eso pone a todos de acuerdo? ¿Son aquellos que quieren seguir creyendo en el monoteísmo

revelado por las Santas Escrituras semíticas y no en el que subyace en la Carta de la ONU los que, al constituir un verdadero obstáculo para el programa masónico, cumplen así el papel establecido *ab aeterno* por la Providencia?

No hay que olvidar, para seguir con el Golfo, la campaña de odio y difamación desarrollada en Occidente contra la teocracia del Irán de Jomeini: precisamente, para destruir este régimen fue por lo que Estados Unidos armó a Iraq, al que ahora combaten para premiarlo por su espíritu «laico», o, más aún, «agnóstico». Y puede que el conocimiento de todo este entramado explique la tenaz oposición a la guerra de un Papa que, por esta muestra de pacifismo, ha tenido que sufrir la campaña de difamaciones de los líderes «atlánticos» y sus medios de comunicación.

55. ¿Era mejor Torquemada?

Salman Rushdie acaba de lanzar una llamada desesperada que ha aparecido recientemente en las publicaciones más importantes de Occidente. En Italia la ha divulgado *Panorama*.

Rushdie, como todos saben, es el escritor en lengua inglesa de origen indio y musulmán al que el ayatolá y déspota iraní Jomeini hizo condenar a muerte en contumacia por un libro que se juzgó irreverente con Mahoma. Superando los conflictos y divisiones teológicas, la práctica totalidad del mundo musulmán aprobó la «sentencia» del líder político-religioso de Irán. En todos los países en los que había seguidores del islam se elevó un grito unánime: «¡Matad al blasfemo!» También en Londres y otras capitales europeas se produjeron manifestaciones de grupos de inmigrantes musulmanes que pedían la cabeza de Rushdie.

Con el fin de reforzar la creencia de que la eliminación del escritor blasfemo era un firme deber religioso de todo buen islámico, el gobierno iraní ha ofrecido como un motivo de aliento añadido una elevada cifra de dinero destinada a aquel fiel que triunfe en el intento. Gracias a suscripciones populares la «recompensa» ha aumentado muchísimo, de tal modo que quien hoy lograra matar a Rushdie habría solucionado todos sus problemas económicos y los de sus descendientes.

Si hasta ahora el condenado ha logrado escapar a un trágico final se lo debe al gobierno británico, que lo ha mantenido oculto trasladándolo de una localidad secreta a otra, poniéndolo bajo la custodia de los mejores comandos antiterroristas. En cambio, traductores y editores de la obra han sufrido durante ese tiempo diversos atentados.

Después de los más de tres años de esta no vida, Rushdie ha escrito la llamada a la que aludíamos. Dice que ya no puede más, que lo ha intentado todo para obtener el «perdón» de sus hermanos de fe habiendo

tropezado siempre con respuestas feroces y con la advertencia de que ofender la reputación del Profeta es un pecado imperdonable en esta vida e inexpiable en el más allá.

También ha sido inútil su afirmación de ser un buen practicante, de haber sido incomprendido y de querer disculparse si no había llegado a hacerse entender.

Ahora Rushdie declara que ha perdido toda esperanza y que ve con resignación que «"musulmán" se está convirtiendo en una palabra aterradora». Por otro lado, dice que el Islam «no ha logrado crear en ningún lugar de la tierra una sociedad libre y no me permitirá de ningún modo que yo favorezca el advenimiento de ese tipo de comunidad». Menciona a un notable musulmán a quien se había dirigido para suplicar su mediación: «Me respondió con orgullo que, mientras él hablaba por teléfono, su esposa le cortaba las uñas de los pies, y me sugirió que encontrara una esposa así, obediente y humilde como desea ese Corán al que yo habría despreciado.»

Rushdie concluye diciendo que lo que, a semejanza del difunto «Socialismo Real», denomina «el Islam Realmente Existente», «ha hecho un dios de su Profeta, ha sustituido una religión sin sacerdotes con un cargamento de sacerdotes, hace de la adhesión a la letra del texto un arma y de la interpretación un crimen: por lo tanto, nunca permitirá que sobreviva una persona como yo».

Cometería un error quien se encogiera de hombros diciendo: «Son asuntos de ellos. Que se arreglen entre musulmanes.» Se equivocaría, además, porque acaba de llegar una pésima noticia a la que, al menos en Italia, nadie ha prestado atención. En París se ha dictado otra sentencia de muerte que, por primera vez, afecta a un escritor no islámico. Es más, se trata de un ensayista católico conocido y apreciado también entre nosotros y, por añadidura, en los ambientes «progresistas», esos que teorizan sobre la necesidad de «dialogar» siempre y en todas partes.

El condenado se llama Jean-Claude Barreau, y su última obra se titula *De l'Islam en général et du monde moderne en particulier* («Del Islam en general y del mundo moderno en particular»). Las predicciones del católico «progresista» Barreau a favor de una apertura del islamismo a una sociedad pluralista y democrática han agradado tan poco a la enorme y siempre en aumento masa de inmigrantes musulmanes en Francia (en la actualidad más de tres millones) como para inducir a la decisión de asesinar al incauto. Como informa la prensa francesa, Barreau ha tenido que mantenerse en la clandestinidad al igual que Rushdie. Los edificios en los que reside están vigilados día y noche por la policía armada y no puede moverse sin llevar escolta.

Es una señal inquietante de lo que nos espera. Así, esa *intelligentsia* que combate el cristianismo desde hace más de dos siglos en nombre de la libertad de expresión, conocerá los beneficios de tener que expresarse bajo

la continua amenaza de muerte decretada por la *Umma*, la comunidad islámica.

Recalcaremos que la condena, a diferencia de las de la Inquisición, la sentencia un tribunal anónimo e inapelable que no contempla ninguna posibilidad de perdón o, al menos, de expiación incruenta. Como profetizaba Léon Bloy a principios de este siglo, ¿llegará el tiempo en que echaremos de menos a Torquemada?

56. Intolerantes

A propósito de intolerancia (siempre «católica», por definición) esto es lo que dice en su obra Arnold Toynbee, el gran historiador inglés de confesión anglicana, fallecido en 1975: «Todavía a principios del siglo XVII, la atmósfera espiritual dominante en Europa hacía imposible estudiar en un país si no se era practicante del cristianismo en la forma oficialmente admitida en aquel lugar: católica, protestante u ortodoxa. La Universidad de Padua, que operaba bajo la protección de la república de Venecia, fue la única excepción en Occidente al ofrecer la posibilidad de acceder a ella también a estudiantes ajenos a la confesión del lugar, la católica. En Padua estudiaron Harvey, el descubridor de la circulación de la sangre, que era inglés y protestante, y Alessandro Mavrogordato, de confesión ortodoxa y autor de un tratado sobre el descubrimiento efectuado por Harvey, antes de entrar al servicio del Imperio otomano. El liberalismo del ateneo paduano fue un caso excepcional. La Universidad de Oxford, por ejemplo, hasta 1871 seguía exigiendo la declaración de aceptación de los Treinta y Nueve Artículos de la profesión de fe de la Iglesia episcopal de Inglaterra a todos los candidatos a un título.»

Otro caso en el que los lugares comunes no soportan la prueba de la «verdadera» historia.

57. Gobernar a los hombres

Ya que tanto se discute acerca de las reformas institucionales, sobre el indispensable cambio de sistema, puede ser interesante no perder de vista la perspectiva católica.

Es sabido que los hombres pueden organizarse según tres modelos fundamentales, si bien divididos, mezclados y entrelazados de modos diversos: la monarquía, la aristocracia y la democracia.

La Iglesia siempre ha llamado a no preferir en abstracto a ninguno de estos modelos así como a no excluir tampoco a ninguno de ellos: la elección depende de los tiempos, de la historia y de la idiosincrasia de los

diversos pueblos. Así, si los últimos papas (pero empezando sólo desde Pío XII con el mensaje radiado la Navidad de 1944, cuya difusión fue prohibida, y no por casualidad, en Alemania y en la República de Saló) parecían preferir para el Occidente contemporáneo el sistema representativo parlamentario, se han guardado mucho por otro lado de hacer de ello una especie de dogma, como si fuese el único aceptable para un católico. Sencillamente, lo han considerado el más oportuno en estos tiempos para dichos países. Por los mismos motivos, la Iglesia no debe arrepentirse ni pedir disculpas por haber mantenido a sus capellanes en las cortes de los reyes del Antiguo Régimen o por haber considerado una *Res publica christiana* (pese a ciertas discusiones, pero no por causa del sistema de gobierno) a la de Venecia, que representa el sistema más ilustre de régimen aristocrático.

En aquellos tiempos, en aquellos lugares, con aquellas historias y temperamentos era lo que convenía. Y, sobre todo, se trataba de autoridades legítimas para las que regía el severo mandamiento del Apóstol: «Que todos estén sometidos a las autoridades constituidas; ya que no hay más autoridad que la de Dios y las que existen son establecidas por Dios. Así, quien se opone a la autoridad se opone al orden establecido por Dios. Y quienes se opongan atraerán sobre sí la condena... Es necesario estar sometidos, no sólo por temor al castigo sino también por razones de conciencia... Dad a cada uno lo que le corresponde: a quien corresponda tributo, tributo; a quien temor, temor; a quien respeto, respeto...» (Rom. 13, 1s, 5, 7).

Desde el momento en que la Iglesia no puede hacer «lo que le sale de la cabeza», no pudiendo «inventarse» una Revelación según la moda y las exigencias siempre cambiantes porque es esclava de la Palabra de Dios (tanto si ésta gusta como si no), el comportamiento «católico» específico ante los diferentes sistemas de gobierno debería juzgarse a la luz de este párrafo de Pablo y de otros del mismo tenor repartidos por el Nuevo Testamento. Entre ellos se encuentra la Primera carta de Pedro (2, 7), esa exhortación que es casi una síntesis, tan breve como eficaz, de la praxis cristiana: «Amad a todo el mundo, amad a vuestros hermanos, temed a Dios, *honrad al rey*.»

Ante estas citas y ante muchísimas otras que podrían exponerse, el problema no es achacable a la Iglesia «oficial», acusada por efecto de su historia de «asimilación al poder», o de «obsequiosidad con los gobiernos, sin importar el carácter de éstos». El problema se invierte para convertirse en el de los «contestatarios», los «revolucionarios» que, no obstante, afirmaban —y en algunos casos todavía lo hacen— inspirarse en las Escrituras para llevar a cabo su lucha política, cuando éstas dicen justo lo contrario.

No se cuestiona, pues, la legitimidad «cristiana» del jesuita del siglo XVII, por poner un ejemplo, consejero del rey en Versalles; en todo caso, la del sacerdote guerrillero o el catequista revolucionario. Puede parecer desagradable pero es necesario atenerse, si se desea hacerlo, a la Palabra de Dios; o si no, inventarse otra acorde con la propia ideología.

El pensamiento católico, pues, no ha hecho un absoluto de ninguna forma política, como en la actualidad (tras despertarnos del sometimiento al «rojo» y de la borrachera «comunitaria») corremos el riesgo de hacer con el sistema democrático-liberal-capitalista que celebra inquietantes triunfos en su patria, los Estados Unidos de América.

El pensamiento católico siempre ha tenido en cuenta que todos los regímenes —hasta el más perfecto sobre el papel, el más noble en teoría— luego lo encarnan hombres a los que el pecado original ha legado una mezcla de valor y cobardía, de altruismo y egoísmo, de grandeza y de miseria.

Así pues, a lo largo de los siglos el esfuerzo de los hombres de la Iglesia se ha decantado menos por el perfeccionamiento de las estructuras y más por el de los hombres. Más que aspirar en abstracto a un «buen gobierno», ha intentado contribuir a formar «buenos gobernantes». La mejor estructura sociopolítica derivada de la teoría puede llegar a convertirse en una pesadilla si la dirigen hombres indignos.

El cristianismo no es un asunto de ideólogos iluministas que se encierran en sus aposentos o en las charlas de salón o de convenciones con el fin de elaborar proyectos para «el mejor de los mundos posibles». El creyente debe sustituir aquel aroma de muerte de los principios teóricos por la realidad de la vida, el pragmatismo de la relación que no se encuentra en las estructuras anónimas sino en las personas, en su contradictoria amalgama de humanidad. La política no se redime con los «manifiestos», todo lo más redimiendo a los políticos y «purificando el corazón» del pueblo que los lleva al gobierno y los apoya.

Bajo este punto de vista también se juzgaría el grandioso esfuerzo de las órdenes religiosas, sobre todo de aquellas que surgieron después de la Reforma protestante, cuando se intentaba reconstruir una sociedad desgarrada. Es decir, del esfuerzo de los jesuitas, barnabitas, escolapios y tantos otros para asegurar una formación católica a la clase dirigente.

Solamente una superficialidad de antiguo contestatario puede escandalizarse porque aquellos religiosos parecieran favorecer a los hijos de los ricos, de los poderosos, de quienes «cuentan» (sin olvidar que los hijos de la gente pobre en modo alguno quedaron abandonados a su suerte, ya que junto a los «colegios para nobles» de jesuitas o barnabitas siempre surgieron colegios, oratorios o talleres para los abandonados). Quien se escandalice no comprende el punto de vista que debería adoptar el creyente: el *prius* no es la lucha para cambiar el sistema de gobierno en

abstracto, que es siempre relativo, imperfecto e insatisfactorio, dado que el bien absoluto no existe en estas materias y lo máximo a lo que puede llegar la política es a limitar los daños. El *prius* resulta ser el compromiso para colocar en las estructuras de gobierno a buenos gobernantes. Así, formar para el deber, el sentido de la solidaridad, de la justicia y de la moderación a los vástagos de las familias nobles destinados a gestionar los poderes públicos en un futuro era la forma más eficaz de ocuparse también de la suerte del campesino, del obrero y del artesano que habrían podido sufrir los efectos prácticos de ese poder.

Por esta razón no se predicó la revuelta (cuyos resultados ya hemos visto por otro lado; y que, además, estaba descartada en las Escrituras). En cambio, sí se tuvo en consideración que la intervención sobre «los de arriba» mediante la formación evangélica de los políticos y, luego, mediante el mayor grado posible de cristianización de la política, resultaba mucho más *social* que la llamada a «los de abajo», con la demagogia hacia las masas. Por lo demás, eran siempre conscientes de la relatividad de todas las estructuras terrenales: «Ya que no poseemos aquí abajo una ciudad permanente sino que vamos en busca de una futura» (Hab. 13, 14); «Nuestra patria está en los cielos y allí esperamos a nuestro Señor Jesucristo como salvador» (Flp. 3, 20).

Obviamente, éstos sólo son apuntes sobre asuntos que hasta hace poco el creyente daba por descontados, pero que ahora corren el riesgo de parecer escandalosos. Son apreciaciones que pueden ayudar, de todos modos, a comprender el pasado y a intervenir sobre el presente, con vistas al futuro, sin salirse del sendero de una tradición milenaria.

58. Papas enfermos

El reciente ingreso hospitalario del Papa que nos tiene a todos en vilo ha animado a los periódicos a acumular artículos que informasen sobre la «historia de las enfermedades papales». Guste o no, la ley del periodismo es así: cada uno de los días que nos da el Señor hay que estar en los quioscos con ese excesivo número de páginas disponibles al completo, aunque no haya ocurrido nada para justificar su salida. Así, algunos colegas me han telefoneado para hacerme preguntas sobre el «tema del día».

Les he hecho observar que, hasta que la medicina puso a nuestra disposición los medios que conocemos, todos los papas estuvieron «enfermos» de algo, por más que sólo fuera esa enfermedad que (repitiendo el dicho latino) es la vejez misma.

En efecto, la dinastía de los pontífices es la más antigua de la historia que todavía subsiste: la misteriosa cadena iniciada con Simón Pedro, pescador de Cafarnaum, prosigue sin interrupción hasta Karol Wojtyła.

Entre las páginas sobre las que merece la pena detenerse están las que inician el *Anuario pontificio*, con esa sucesión de más de 270 nombres que avanza a lo largo de los siglos recorriendo toda la historia. Pero es una dinastía completamente anómala porque está compuesta por hombres que están siempre en el umbral de la vejez o son ya ancianos en el momento de su elección. El «oficio» de Papa es el único en el que la juventud se considera un obstáculo insuperable para poder ejercerlo. Numerosos cardenales de valía se han visto excluidos en las votaciones de sus colegas por ser «demasiado jóvenes». De ahí toda la serie de achaques seniles y la importancia del arquíatra pontificio, el médico personal de esos ancianos.

Pero, como señalaba a los colegas que me interrogaban, lo sorprendente es que el cuadro bimilenario de la salud pontificia parece presentar todas las patologías existentes con una sola excepción: la locura. Que se sepa, no hubo papas locos, o al menos, los posibles desequilibrios psíquicos graves (si se dijeron) no influyeron en su enseñanza. Ni siquiera la arteriosclerosis senil, que sin duda afectaría a algunos de ellos en sus últimos años, provocó delirios perjudiciales para la enseñanza dogmática. De lo que se deriva para el creyente —les decía— la confirmación de una ayuda especial del Espíritu Santo.

En efecto, la potestad del Papa *in spiritualibus* es absoluta: la Iglesia ve en él al maestro supremo de la fe. ¿Qué hubiera sucedido si, a causa de alguna enfermedad psíquica, tan sólo uno de estos «vicarios de Cristo» hubiese empezado a dictar algo contrario a la fe católica de la que es inapelable guardián? ¿Qué habría sido de la Iglesia si un Papa hubiese redactado y promulgado documentos oficiales provistos de la autoridad de su sello —porque el derecho eclesiástico le otorgaba todas las facultades— conteniendo *deliramenta*, herejías, extravagancias, errores dogmáticos o aventurismos teológicos?

Nunca sucedió; y el creyente está seguro de que jamás sucederá. Ha habido papas inmorales, indignos —al menos según nuestras actuales categorías éticas— de su altísimo oficio. Pero, por una paradoja en la que una vez más el punto de vista religioso percibe un enigma de la Providencia, justamente esos pontífices que menos practicaron las exigencias de la fe fueron los más firmes y decididos proclamando la verdad de la misma.

Ya mencionamos en otra ocasión que Alejandro VI Borgia, considerado un ejemplo tal vez demasiado fácil de la abyección moral en la que cayó el papado renacentista, fue un impecable maestro de fe. Quizás actuó mal pero predicó estupendamente, y esto es lo que se espera de un sucesor de Pedro, llamado por Jesús mismo a una función principal, la de «ratificar a los hermanos en la fe».

La enseñanza papal precede y es mucho más importante que el también deseable ejemplo moral. Sin embargo, la pureza de dicha

enseñanza siempre se ha visto protegida de los estropicios de la arteriosclerosis y los accesos de locura, más que de la inmoralidad de las costumbres: practicadas pero nunca «teorizadas» ni presentadas al «estilo radical» como un bien. No es poco. Por el contrario, era lo que se necesitaba entonces y ahora.

Incluso el «vaticanista» de un importante periódico conocido por su combativo laicismo ha escrito un artículo sobre las enfermedades papales. Entre los enfermos ha puesto, acertadamente, a Inocencio VIII, que fue Papa de 1484 a 1492, por tanto el inmediato predecesor del Borgia. El citado periodista escribe: «Se cuenta que el arquíatra pontificio al ver al pontífice exangüe y decaído pensó infundirle nuevas fuerzas inyectándole en las venas sangre de sonrosados mocitos [...]. Para llevar a cabo el experimento se compraron al precio de un ducado cada uno a tres rollizos chiquillos de familias populares que, naturalmente, murieron desangrados sin que por otro lado mejorara la salud del pontífice.»

En resumidas cuentas, infamias de sátrapa oriental. No hay duda de que los lectores de aquel periódico tomarán esa gravísima acusación como buena. Como también se tragan tantas «trolas» periodísticas, sean religiosas o profanas.

Estaría bien ahora ver cómo fueron las cosas. Para saberlo, nos remitimos a la fuente todavía hoy más fidedigna: los dieciséis volúmenes de la *Historia de los papas desde finales de la Edad Media* del eminente barón austríaco Ludwig von Pastor. Reproducimos aquí textualmente las palabras del ilustre historiador: «Stefano Infessura cuenta que el médico judío de Inocencio VIII hizo degollar a tres criaturas de unos diez años, presentando al Papa la sangre obtenida como único medio de conservar su vida. Como fuera que el Papa rechazó la sangre, el malvado médico se dio a la fuga. Si esta historia fuese cierta (como parece creer el Gregorovius) se obtendría un dato importante para probar que los judíos usaban sangre humana con fines medicinales. Pero los despachos de embajada de los agentes mantuanos, todavía inéditos y que examiné personalmente, no dicen nada semejante. Ni siquiera en la crónica de Valori se menciona este hecho. Un cronista que anota exactamente lo que el Papa tomó como medicina (Cfr. Thuasne, I, 571) seguramente no habría olvidado de ningún modo un expediente médico tan horrible.» (Ob. cit., 1942, vol. III, p. 273.)

Como se ve, para empezar no tiene nada que ver con lo que escribe el periodista: «Habría sido la primera transfusión de sangre que la historia de la medicina recuerde.» En todo caso, se habría ofrecido la sangre como bebida y sin conocimiento del Papa, quien (ateniéndonos a lo que afirman quienes creen en la sospechosa historia) rechazó el infame «remedio» con tanto ímpetu como para obligar al médico a escapar.

No sólo eso: ¿qué dirían los lectores judíos de ese periódico si llegaran a enterarse de que mientras cree denunciar una de las muchas

faltas de la Iglesia, el diario está avalando una de las más insidiosas y perniciosas acusaciones contra el hebraísmo talmúdico, es decir, la de practicar la matanza de niños con fines litúrgicos (san Simoncino de Trento y otros) y «terapéuticos»? Un estupendo bumerán ni más ni menos: se lanza el arma contra el catolicismo y en realidad se hiere al judaísmo...

Por nuestra parte (tomando como referencia los documentos publicados con posterioridad a los de Von Pastor), creemos en la inocencia del Papa tanto como en la del médico judío, que no es más que uno de los muchos que los papas seleccionaron en el gueto confiando en su ciencia en la misma medida que en su lealtad. No hay constancia de que alguno de ellos perjudicara intencionadamente al jefe de la Iglesia, cuya vida se encontraba en sus manos. Es un buen ejemplo que no se debe olvidar.

59. Montecassino

Cuando se viaja en vacaciones no faltan en modo alguno las ocasiones para hacer provechosas reflexiones. Por ejemplo, quienes al dirigirse a las playas meridionales descendan hacia el sur de Roma podrán meditar un poco sobre la razón de que la abadía de Montecassino todavía se alce sobre la acrópolis, aunque sólo sea como una reconstrucción completa, como falsificación histórica.

En las décadas posteriores a la segunda guerra mundial, se llevaron a la práctica como nunca se había producido antes los esquemas del maniqueísmo: sólo existía el bien en un bando, el de las democracias anglosajonas, portadoras de civilización siempre y en cualquier lugar; el mal reinaba en el otro lado, el de la Alemania nazi, toda barbarie y maldad. Naturalmente, existen muy buenas razones para esta división entre luces y tinieblas. Y, al final, Italia ha podido confirmar su función histórica providencial provocando, si bien involuntariamente, la derrota del terrible Reich. Hitler, en sus últimos *Tischreden*, los «discursos de sobremesa», que siempre fueron rigurosamente transcritos (una costumbre alemana, por cierto: Martín Lutero y sus discípulos también nos han dejado los necesarios resúmenes), Hitler, pues, mientras las granadas soviéticas retumbaban ya sobre las bóvedas del búnker, reconoció que la alianza con Italia había sido su ruina. Ésta, pretendiendo «romperle los riñones» a Grecia, se encontró en cambio con que le invadían media Albania y casi se vio lanzada al mar por el pequeño pero combativo ejército helénico.

Atascados de este modo en los Balcanes, tuvo que ser el *Blitz* alemán el que salvara a los italianos mediante la invasión de Yugoslavia, pillando a los griegos desprevenidos. Fue una campaña imprevista e indeseada por el Estado Mayor de Berlín, pero que venía impuesta por la necesidad de sacar

a los veleidosos y chapuceros aliados del embrollo en el que ellos mismos se habían metido.

Esta acción tuvo dos consecuencias decisivas: amplió enormemente el frente, creando luego una feroz guerrilla en los Balcanes ocupados. Pero, sobre todo, retrasó unas cuantas semanas la «Operación Barbarroja», es decir, el ataque contra la Unión Soviética: una dilación que resultó fatal para los alemanes, que, justo cuando llegaron a las afueras de Moscú (los oficiales ya veían con sus prismáticos las cúpulas del Kremlin) se vieron sorprendidos por el «general Invierno». La ocupación de la capital, ya liberada del gobierno soviético y el repliegue a los Urales —donde Hitler esperaba detenerse y hacerse fuerte por tiempo indefinido— no tuvo lugar a causa de aquellos pocos días desperdiciados socorriendo a los italianos en Grecia.

Siempre según el análisis del mismo Führer ya en las últimas, la obligación de ayudar al pusilánime aliado en los Balcanes, y también en el norte de África, ocasionó el desvío hacia Libia y Egipto de medios y hombres e impidió el plan de la diplomacia nazi, que consistía en una propaganda anticolonial para provocar la insurrección del mundo árabe contra Gran Bretaña. El Reich pretendía crear sus colonias en el Este europeo y no se preocupaba por tanto de África y Asia; no ocurría lo mismo con los italianos, que esperaban suceder en aquellos territorios al Imperio británico.

De este modo, pues, los italianos impidieron a los alemanes predicar la revuelta en el Tercer Mundo contra la Europa «plutocrática y colonialista». (No olvidemos que por el Berlín de la guerra pululaban jefes islámicos como el gran muftí de Jerusalén: una unión ejemplar que ayuda a comprender mejor la actual situación en Oriente Medio.) Tampoco olvidó Hitler en su última queja la «traición» italiana del 8 de septiembre de 1943, que provocó la apertura imprevista de un nuevo frente.

También se hicieron méritos involuntariamente, destacándose entre ellos la contribución de la Italia de Mussolini, superior incluso a la de los enemigos, al fracaso del terrible proyecto hitleriano de una Europa sometida al *Herrenvolk*, el teutónico «pueblo de los señores».

Si recordamos estos hechos es para confirmar que con frecuencia la Providencia disfruta sirviéndose de nuestra península para llevar a cabo sus benéficos fines, pues nadie negará que lo fuera el haber saboteado, creyendo que se le estaba ayudando, el esfuerzo nazi para someter a todo el mundo bajo una cruz, la esvástica de la cruz gamada. Son palabras de Hitler: nosotros los italianos contribuimos en mayor medida que los aliados a su fracaso. No es poco, por el contrario: es uno de los enésimos «privilegios» que nos concedió esa Providencia que, a pesar de las apariencias, siempre sabe lo que se hace.

Pero era Montecassino lo que había provocado nuestra reflexión. Conviene volver a ello para observar que el odio anticatólico (no hay otra explicación) llevó a resquebrajar el esquema «civilización angloamericana contra barbarie alemana».

En esta celeberrima montaña situada al sur de Roma, fueron nada menos que los nazis quienes cumplieron el papel de «amigos del hombre y de su cultura». Los alemanes habían extendido en esa zona, tras el revés italiano y el desembarco aliado en el Sur, una apresurada «línea Gustav». Montecassino, con su roca elevándose solitaria en la llanura, resultaba una base ideal, pero el mariscal de campo Albert Kesserling, un católico bávaro representante de la antigua casta militar prenatal que añadía a la dureza su peculiar concepto del honor, no se sintió capaz de fortificar el lugar, exponiéndolo de ese modo a la destrucción.

Los alemanes (hijos, pese a todo, de uno de los países más cultos del mundo y católico al menos en un tercio de su población) sabían bien lo que representaba para la civilización universal el lugar donde reposaba, junto a santa Escolástica, Benito de Norcia, que no por casualidad fue proclamado principal patrón de Europa.

Aquí se escribió aquella *Regola* que durante el derrumbamiento de la civilización clásica contribuyó en gran manera a salvar lo mejor del mundo antiguo y a inaugurar el nuevo. Aquí, en los grandes *scriptoria*, los monjes habían copiado obras inmortales que de otro modo se habrían visto destinadas al olvido o a la destrucción. Aquí se encontraba el corazón de un probo ejército que, desde Escocia a Sicilia, había trabajado durante más de mil años por la salvación eterna de los hombres pero también por una vida mejor en la tierra.

Así pues, contra cualquier fórmula táctica y estratégica, Kesserling excluyó Montecassino de la línea de defensa, permitiendo que dentro de esos muros venerables hallasen refugio una multitud de prófugos, heridos, enfermos, viejos y mujeres que eran acogidos por los monjes.

Es un dato conocido en la actualidad que los aliados, principalmente los americanos, sabían que en el monte y el interior de la abadía no se hallaban tropas alemanas. También lo es que decidieron la destrucción por motivos no militares, empujados por un deseo de destrucción que sólo puede explicarse por el deseo de hacer desaparecer de la faz de la tierra uno de los símbolos más significativos del detestado «papismo» católico. También confirma que la vandálica operación respondía a otros objetivos distintos a los estratégicos el que se anunciaran públicamente el día y la hora del bombardeo.

Así se proporcionó a los alemanes la ocasión de reafirmarse como, al menos en este caso, «amigos» de la civilización. A pesar de estar afectada por una dramática crisis de transporte, la Wehrmacht encontró los camiones necesarios para poner a salvo en el Vaticano parte de los tesoros artísticos y

culturales de la abadía. Empezando por el extraordinario archivo en el que, entre otros, se encuentra el primer documento escrito en lengua vulgar italiana.

Una vez despejada la abadía de objetos y personas, el 15 de febrero de 1944, tan puntualmente como se había anunciado, una nube de fortalezas volantes americanas apareció en el cielo de Montecassino e inició el bombardeo «de precisión», mientras, para completar la destrucción, desde la llanura empezaban a disparar las armas de grueso calibre de los aliados. Estuvieron bombardeando y disparando durante tres días hasta que tuvieron la seguridad de que de la abadía sólo quedaban ruinas insalvables (luego se descubrió que se había destruido todo menos la cripta, en la que se hallaron intactas las reliquias de Benito y Escolástica). Se había concebido la acción como un «espectáculo», de modo que un equipo de cineastas oficiales filmó el acontecimiento.

Cuando acabó el bombardeo, viendo que no quedaba nada por salvar, la Wehrmacht ocupó el monte y se hizo fuerte entre los escombros. En el plano estratégico el vandalismo americano resultó muy valioso para los alemanes porque hallaron en las ruinas un refugio ideal para asentamientos tan seguros que fueron capaces de resistir durante meses y meses los encarnizados asaltos. Los treinta mil caídos aliados, muchos de ellos polacos, que reposan en los cementerios de la zona también deben achacarse a la decisión americana de destruir la abadía.

Fue una locura desde la perspectiva militar y un crimen desde el plano cultural pero, probablemente, una exigencia irreprimible y oscura, una necesidad liberadora para aquel cóctel de protestantismo radical e iluminismo masónico que, desde el principio, distingue a la clase dirigente americana. Incluyendo, por tanto, a los altos mandos militares. Pero tal vez esta llamarada de odio ayude a iluminar mejor la gran aventura monástica, mostrando su importancia histórica incluso en medio del desencadenamiento de tanta furia destructiva.

Si luego apareciera quien juzgara nuestras sospechas de fines no militares en el bombardeo de la venerable abadía, considerándonos afectados de exageradas manías persecutorias, que lea, entre otros, a Giorgio Spini. Historiador de confianza por tratarse de un valdense, tenaz defensor de la supremacía del protestantismo, Spini describe «las proporciones que alcanzan en Estados Unidos los movimientos anticatólicos, con la desagradable brutalidad de algunas de sus manifestaciones». Prosigue este historiador reformado: «Aun prescindiendo de semejantes muestras de intolerancia e histeria, es indudable la existencia en la historia norteamericana de un estado de alarma por la inmigración católica y por la amenaza que podría representar para las principales instituciones americanas.»

60. Suicidios

«¡Antiguamente no se les hacía un funeral dentro de la Iglesia a los que se mataban!», exclama un anciano que mira el noticiario en el café donde cada mañana leo la prensa. En la pantalla aparecen imágenes de una iglesia de Brescia: retransmite una misa solemne y muestra en medio de la nave central el féretro, cubierto de claveles rojos y con la bandera del partido, del diputado socialista que se disparó en la cabeza con un fusil a causa del famoso «escándalo de las comisiones».

«Y usted ¿qué opina? ¿Por qué ahora a los suicidas se les permite la misa?», me pregunta el dueño del bar.

«Bueno, en la Iglesia han cambiado muchas cosas, también ha cambiado ésta», respondo un tanto incómodo. La misma incomodidad de cuando me preguntan por qué se celebran funerales en la Iglesia también por aquellos que se hacen incinerar, después de tantos siglos (o mejor, milenios) en que también éstos, al igual que los suicidas, recibían la reprobación de la Iglesia. Son «novedades» que se encuentran en el nuevo Código de Derecho Canónico de 1983.

En lo relativo al suicidio la condena radical del mismo fue uno de los rasgos que inmediatamente distinguieron al cristianismo de las culturas paganas —para las cuales, en ciertas circunstancias, quitarse la vida era un acto noble— y de la tradición hebraica. El Antiguo Testamento no establece ninguna ley al respecto ni, en los casos en que se habla de un judío que se haya quitado voluntariamente la vida, el autor sacro se expresa con claridad acerca de la moralidad o inmoralidad de dicho acto.

Para el cristianismo, en cambio, quizá no por casualidad se presenta a Judas, el traidor de Jesucristo, como un suicida: es el extremo de la degradación a la que conduce el pecado. La condena de la autolisis fue tan explícita que en la *christianitas* medieval se castigaba a quien salía vivo del intento de darse muerte igual que a un homicida. Los códigos penales del Occidente moderno han eliminado el intento de suicidio de la lista de crímenes, a excepción del derecho inglés: también aquí la Gran Bretaña — que tuvo la suerte de zafarse de los «jacobinos» y sus «derechos del hombre», siendo éste uno de los secretos de su grado de civilización— permanece anclada en la Edad Media y procesa al frustrado suicida bajo la acusación, de antiguas reminiscencias, de «felonía contra sí mismo». En resumidas cuentas, de cobarde.

Las sanciones para aquellos que habían intentado quitarse la vida sin lograrlo también aparecían en el Código de Derecho Canónico, antes de que el nuevo hiciera tabla rasa de tantas cosas que la Tradición, la experiencia y el sentimiento de la fe habían destilado durante siglos. Así, antes de 1983, el católico que hubiera intentado suicidarse no podía acceder

a las órdenes sagradas; si ya era sacerdote se le castigaba con diversas sanciones; si era laico, quedaba excluido de algunos derechos reconocidos por la Iglesia a los demás bautizados.

En cuanto a aquellos que lamentablemente hubieran logrado llevar a cabo su propósito autodestructivo, la sanción consistía en la privación de todas las exequias religiosas y de otros oficios fúnebres de carácter público. Eso sí, siempre que no quedase probado de manera irrefutable que el suicida era presa de una grave perturbación psíquica en el momento de cometer ese acto desesperado. Pero este factor no se daba por descontado en todos los casos, como ocurre en la actualidad.

Todo esto desapareció del código de 1983, en el que no se hace mención del suicidio: ni siquiera existe como «voz» en el, por otro lado amplísimo, «índice temático» de la edición oficial.

Este silencio, que va contra una Tradición ininterrumpida (y que, como decíamos, se remonta a los mismos orígenes del cristianismo), constituye una cesura, al igual que sucede con la cremación, en la praxis y en la doctrina de la Iglesia. Romano Amerio ve en ello una de las «variaciones» estructurales introducidas por los sacerdotes actuales y recuerda: «La doctrina católica reconocía en el suicidio una triple falta: un *defecto de fortaleza moral*, ya que el suicida cede ante la desventura; una *injusticia* porque pronuncia contra su persona una sentencia de muerte contra su propia causa y sin estar cualificado; una *ofensa a la religión*, ya que la vida es un servicio divino de cuyo cumplimiento nadie puede eximirse por su cuenta.»

Pensándolo bien, es un caso curioso: muchas de las energías de la Iglesia se dedican (con justicia) a denunciar el aborto, considerado como una usurpación por parte del hombre del derecho a la vida y a la muerte, que sólo le corresponde a Dios. El mencionado «nuevo» Código castiga con la excomunión a quien lo ponga en práctica.

Es una severidad legítima en la defensa de la vida del feto que, sin embargo, va acompañada de una despreocupación por la vida del suicida. Por otro lado, la aparente severidad de la Iglesia antes de las «variaciones» actuales tendía a proteger también la vida de quienes hubieran intentado seguir el ejemplo del infortunado. Como es sabido, el suicidio es un acto contagioso: uno tira del otro como en una trágica cadena. Así, a los tres motivos de condena de la Iglesia expuestos por Amerio se añade el de *escándalo*, el mal ejemplo que se da a los que sobreviven: «Si él lo ha hecho, ¿por qué yo no?»

En efecto, continuando con el «antiguo» Código (por más que estuviera en vigor hasta hace pocos años) *no* se negaban los funerales religiosos a aquellos suicidas de los que sólo la familia conocía la causa de la muerte: al quedar limitado el alcance del escándalo, la Iglesia permitía las exequias religiosas, ratificando de este modo que su rechazo a los otros

infortunados se debía a la responsabilidad de proteger al rebaño de fieles (pero no sólo a éstos) de influencias perniciosas más que a la pretensión de adelantarse al juicio de Dios. Todos debían enterarse de que si cedían a esa nefasta tentación no habrían podido entrar de cuerpo presente en la iglesia para recibir un funeral cristiano.

Hoy, como señala el ya citado Amerio, hemos llegado hasta este punto: «Se ha convertido en una costumbre loar al suicida en la homilía de la misa fúnebre. En una ocasión, tras quitarse la vida un joven de unos veinte años, el rector del instituto religioso que lo había tenido como alumno agradeció en el funeral al suicida por el bien que había diseminado a su alrededor y le pidió excusas ¡por las culpas que tenían en ese gesto los que le sobrevivían! Esto es una disolución de la responsabilidad personal dentro de los pecados de la sociedad, es decir, el pecado no individual sino *de los demás*.»

El arzobispo de Praga, durante la celebración del funeral por Jan Palak (que se inmoló vivo en Praga en protesta por la invasión rusa de 1968) declaró: «Admiro el heroísmo de estos hombres, aunque no puedo aprobar su gesto.» El investigador suizo comenta al respecto: «Al cardenal se le escapaba el matiz de que heroísmo y desesperación —o sea, ausencia de fortaleza— no van unidos.»

Todo ello no afecta en lo más mínimo —resulta superfluo recordarlo— la gran compasión hacia quien cede a la desesperación y que (Dios no lo quiera) puede abatirnos también a nosotros. Tampoco impide creer que son numerosos los casos en los que la libertad, la capacidad de discernimiento y la voluntad se ven gravemente disminuidas en el suicida, cuya verdadera responsabilidad sólo Dios conoce. Si a nadie nos está permitido juzgar, a todos se nos demanda silencio y oración.

Pero hay un género de «piedad» que se asemeja a la del médico que se niega a denunciar un caso de enfermedad infecciosa para que se aisle al afectado como medida de protección general. La Iglesia nunca había querido ceder a este tipo de «pietismo», aun a costa de parecer dura a ojos de quienes no comprenden que la defensa del ser humano, de su vida y de toda la sociedad estaba detrás de algunas disposiciones por dolorosas que fueran. Éstas se parecen a ciertas medicinas cuya acritud puede resultar beneficiosa.

61. Objetores

La situación religiosa actual no deja de causar asombro. Así, por ejemplo, lo hace una noticia de fuente totalmente fiable: en efecto, la publica la agencia SIR, muy próxima a la Conferencia Episcopal. En ella se lee que ha tenido lugar en Asís la Tercera Conferencia Nacional de los

Objetores de Conciencia de Caritas. Se recibieron mensajes de las más altas autoridades eclesíásticas para los 1.200 participantes y dos obispos presentaron la salutación oficial a los trabajos.

Con tal ocasión se presentó un amplio estudio sobre el «estilo de vida» de los jóvenes «objetores de Cáritas». Entre otras muchas, se les dirigió esta pregunta: «¿En qué ejemplos os habéis inspirado para vuestras respectivas opciones?» Entre los nombres que los interpelados podían dar también se encontraba el de Jesucristo.

El hecho resulta inmediatamente desconcertante: para un cristiano, Jesús no puede ser —ni primero de todo ni mucho menos sólo— un «ejemplo». Un ejemplo pueden serlo esos imitadores suyos que son los santos: pero también ellos son algo más que simples testimonios ejemplares, ya que tienen un misterioso y precioso papel de intercesores. En cuanto a Cristo, resulta supérfluo recordar que para quien tiene fe en él, la función de orientador de camino («Lo que he hecho yo, hacedlo también vosotros») queda asimilada e infinitamente superada por su misterio de participación trinitaria que hace que, sin su intervención, «no podemos hacer nada».

Para limitarnos a una sola de entre los miles de citas, del Nuevo Testamento podríamos rescatar una de la Primera Carta de Juan: «¿Quién es el mentiroso si no aquel que niega que Jesús es Cristo? El Anticristo es el que niega al Padre y al Hijo. Quienquiera que niegue al Hijo, también niega al Padre; quien profese su fe en el Hijo también lo hará en el Padre» (1 Jn. 2, 22 y ss.). ¡Algo más que un simple «ejemplo»!

Si ya resultaba inaceptable la pregunta del cuestionario referida a aquel que, para el creyente, no predica la fe sino que *es* la fe misma, todavía podemos quedar más confusos leyendo los resultados de las respuestas proporcionadas por los 658 «objetores de Cáritas» entrevistados.

Para estos jóvenes, Jesucristo se halla sólo, con un mísero 6,5 %, en cuarto lugar entre «los ejemplos que han inspirado su opción de vida». En primer lugar, con un triunfal 49,2 %, está Gandhi. En segundo lugar, pero bastante distanciado (8,1 %), aparece Lorenzo Milani; en el tercero (7,3 %) Martin Luther King; en el cuarto —como apuntábamos— un tal Jesucristo, seguido por Nelson Mandela (2,9 %) y, finalmente, la Madre Teresa de Calcuta, con un 2,7 %. La autoridad de la fuente que nos ofrece esta clasificación nos impide crearnos la vaga esperanza de que se trate de una información manipulada. Es verdad que si nos atenemos a ese mismo estudio, en materia de opciones políticas una buena parte de los entrevistados se declara «verde» y un 5,5 % es nada menos que comunista (decimos «nada menos» porque un porcentaje como éste de «compañeros» sobrevivientes es superior incluso al obtenido por los comunistas en las primeras elecciones libres en muchos países del Este). Nos falta por anotar

que casi el 75 % declara ir a misa al menos el domingo: y más del 29 % va «todos los días o más de una vez a la semana».

Resulta difícil entonces comprender qué significado tiene la misa para esos más de noventa y tres jóvenes que no ven a Cristo ni siquiera como principal, por más que este término resulte reductivo, «ejemplo de vida». Y surgen nuevos interrogantes al constatar que más de la mitad es catequista o miembro de asociaciones religiosas o componente de consejos pastorales parroquiales. «Y los restantes —seguimos citando el texto del SIR— están comprometidos de alguna manera y con diferentes funciones en la vida de la comunidad católica.»

No existe afán de polémica en nuestra reflexión acerca de semejantes resultados. Si acaso, un desconcierto próximo a la inquietud. Nos preguntamos qué ha sido de la fe de jóvenes a menudo admirables (algo que decimos tras algún que otro encuentro personal), sobre cuya generosidad y compromiso humano no es lícito dudar, pero que —aun llamándose «cristianos»— escogen a Gandhi antes que a Jesús en un porcentaje casi ocho veces superior. Y al protagonista de los Evangelios le anteponen abiertamente aquel mitificado reverendo King, de quien sus propios seguidores están tomando distancias, no sin cierto embarazo.

Tampoco reduce la inquietud descubrir que a la pregunta «¿qué ha sido para ti el servicio civil?», la respuesta «un testimonio de la fe» aparezca en último lugar después de otras tres: «una experiencia de formación humana», «una opción no violenta» y «una ayuda a quien lo necesita».

Quisiéramos entender; más aún, quisiéramos que se nos desmintiera la sospecha que nos acecha dolorosamente, que lo que distingue a cierto «mundo católico» es una crisis de la fe, que tal vez se esconde detrás de un compromiso que en muchos de los jóvenes sólo tiene motivaciones humanas, filantrópicas. Es un impulso generoso pero que, pese a las apariencias, tiene poco que ver con la auténtica caridad cristiana, que no es un amor hacia el género humano por su amabilidad intrínseca (incluso a menudo no lo es en absoluto, empezando, naturalmente, por nosotros mismos), sino porque en cada uno de ellos la luz de la fe vislumbra al hermano con el Padre común, el rostro doliente de Cristo, salvado a costa de la cruz.

62. Gandhi

Gandhi superstar, pues, también para los objetores de conciencia de Cáritas y, en general, para el mundo católico de estas últimas décadas.

Cuanto más tiempo transcurre, más divididas están las opiniones acerca del mítico «droguero» (lo que significa su nombre en su lengua, el

gujarati). Para muchos es un santo, una de las grandes figuras del siglo. Para otros —sobre todo para historiadores que conocen la complejidad de su biografía— un hombre sobre el que hay que plantear cada vez mayores interrogantes. Entre los «peores» se encuentra el famoso historiador inglés contemporáneo Paul Johnson, que pasó del juvenil compromiso marxista-leninista a una opción demócrata-liberal. Según Johnson, alrededor de Gandhi se creó una corte de «charlatanes» y el mismo Maestro (el *Mahatma*, el «alma grande») no carecía de sospechosas excentricidades.

«Tanto él como su madre, de la que heredó un estreñimiento crónico —señala el historiador inglés— estaban obsesionados sobre todas las cosas por la asimilación y evacuación de los alimentos. Vivía en su *ashràm* asistido por una corte de mujeres devotas que le servían. La primera pregunta que les dirigía nada más levantarse era: "Hermanas, ¿habéis ido bien de cuerpo esta mañana?" Uno de los libros que leía continuamente era *El estreñimiento y nuestra civilización*. Así, aunque comía con avidez —uno de sus discípulos dijo: "Era uno de los hombres más hambrientos que yo haya conocido jamás"— su comida se seleccionaba y preparaba con sumo cuidado. [...] Su *ashràm*, con sus costosos gustos "sencillos" y las innumerables "secretarias" y criadas, recibía las cuantiosas subvenciones de tres ricos comerciantes. Un miembro de su círculo observó: "¡Hacer vivir a Gandhi en la pobreza cuesta un montón de dinero!"»

Johnson no renuncia al gusto de recordar que, aunque le han mitificado muchos que creen en el valor liberador del sexo, el «verdadero» *Mahatma* daba muestras de una especie de sexofobia que lo alejó incluso de su esposa. Con las mujeres sólo practicaba el *Brahmachatyá*, es decir, dormir rodeado de muchachas desnudas para extraer de ellas calor y energía.

Pero, al fin y al cabo, esto sólo son cotilleos. La pregunta «seria» es otra: ¿de verdad puede ser Gandhi un maestro superior, superando incluso (si nos atenemos —parece ser— a los propios cristianos) a Jesucristo? La respuesta es difícil y delicada.

Sin duda fue una figura excepcional y, a pesar de alguna extravagancia (que tiene su explicación en el trasfondo oriental) fue todo lo contrario de un charlatán. Si acaso, hubo charlatanes en su círculo y, sobre todo, entre algunos de sus presuntos discípulos actuales: empezando por el partido italiano de los falsos ayunos a base de café «al capuchino», de la candidatura al Parlamento de un terrorista y una estrella del porno, de la exaltación de drogas y aberraciones sexuales varias.

Para intentar comprender al «verdadero» Gandhi no deben olvidarse, por otro lado, ciertos hechos eliminados con apuros, como por ejemplo, el *feeling* entre el indio y el fascismo italiano. En 1931, Gandhi fue a Roma para encontrarse con Mussolini, hacia quien expresó su simpatía y estima, consideración que le fue devuelta por el dictador que, por otro lado,

financió el movimiento de Gandhi por motivos —si bien no únicamente— antibritánicos. El Duce y el *Mahatma*: una pareja que, no sin razón, crea incomodidad a quien sólo ve en Gandhi la quintaesencia del pacifismo. Pero la realidad histórica —siempre, y no sólo en este caso— es más compleja que cualquier mito o leyenda.

Habitualmente también se olvida que, citando a Paul Johnson, «esta figura es comparable a una planta exótica capaz de florecer únicamente en el protegido ambiente del liberalismo inglés». A pesar de ciertos episodios oscuros, el comportamiento de Gran Bretaña hacia él no fue, en conjunto, abyecto: ambos adversarios se mostraron dignos el uno del otro, llevando cada uno su papel con decoro. Pero si esto tuvo lugar en los largos años del enfrentamiento y tal vez del choque fue debido a que Gandhi revistió de rasgos orientales una formación casi enteramente occidental. Un cierto filotercermundismo romántico se lo imagina como adalid de los valores religiosos de Asia contra la brutal rudeza de las potencias coloniales «cristianas». En realidad, después de licenciarse en Leyes en Inglaterra, el joven Gandhi se movió largo tiempo por Londres con sombrero bombín y paraguas, tal y como muestran algunas fotografías; y su asimilación no era sólo una cuestión de indumentaria.

Él no vino a Europa a traernos los valores religiosos de su tradición india: por el contrario, volvió a descubrir la suya bajo el impacto del encuentro con el cristianismo. Lo que más fascinación produce en él es el resultado de la adaptación de la visión oriental a categorías que únicamente pertenecen al Evangelio.

El hinduismo había creado un sistema infernal de castas de las cuales expulsaba a los llamados, precisamente, «sin casta»: los «parias» o «intocables».

Sobre un total de cuatrocientos millones de indios, casi cien millones se encontraban en una situación infrahumana, en virtud de la cual no podían ni siquiera entrar en los templos, viajar en los trenes, comer en los restaurantes, sacar agua de los pozos públicos, enviar a sus hijos a la escuela, enterrar a los muertos en los cementerios de los «otros». Los parias, a su vez, se subdividían en tres grupos con nombres significativos: «los malditos», «los excomulgados» y «los rechazados». ¿Sabían algo de esto las «buenas almas» de Occidente admiradoras de los «valores» de las tradiciones religiosas orientales?

Gandhi definió este sistema milenario como un «delito monstruoso contra la humanidad» y luchó por su abolición. En efecto, fue abolido pero sólo sobre el papel. Más aún, la introducción de una especie de régimen democrático se reveló, con el habitual efecto contrario, como un refuerzo en lugar de un debilitamiento del sistema de castas, ya que cada una de ellas se transformó en una agrupación política enfrentada, a menudo de manera sangrienta, a las demás. En muchos otros casos, como veremos más

adelante, las mejores intenciones de la lucha gandhiana se convirtieron en lo contrario de las mismas: después de todo, es la típica maldición de la «heterogénesis de los fines» que tan a menudo vuelve del revés las beneméritas «luchas» humanas.

Con todo, sigue vigente el tenaz compromiso de Gandhi contra un sistema inhumano, cuya responsabilidad recaía, sin embargo, en aquel sistema sociorreligioso hinduista del que se consideró hijo hasta el final. Y combatió y venció, al menos teóricamente, a aquel sistema gracias a valores externos al hinduismo, es decir, gracias al cristianismo.

El primero de los cuatro artículos de la «doctrina» de Gandhi exigía la adhesión a las Sagradas Escrituras de la India, pero ¿no eran precisamente esas Escrituras las que aprisionaban a las masas en lo que él mismo calificó «un delito monstruoso»? Y ¿no había tenido que recurrir a otras Escrituras, las del monoteísmo bíblico (el Nuevo Testamento, sobre todo, pero también en alguna medida el Corán) para romper el círculo «monstruoso»?

Son preguntas a las que muchos «intocables» dieron una respuesta lógica, abandonando la religión responsable de su opresión para abrazar el cristianismo o el islamismo. La gran religiosidad del *Mahatma* sí es oriental pero sólo en lo que no choca con la sensibilidad occidental, impregnándose, a su pesar, de dos milenios de predicación evangélica. Así, al final el Evangelio actuó para él como piedra de toque.

Gandhi no acabó asesinado a manos de los colonialistas ingleses ni de cualquier otro «malvado», como desearía el esquema maniqueo y masoquista occidental. Fue un devoto hindú, que lo acusaba de «modernismo» y «occidentalismo» y de haber contaminado las Sagradas Escrituras de la tradición autóctona con la Biblia, quien descargó una pistola sobre él.

No es un ejemplo superficial de apologética sino una verdad indiscutible: Gandhi no puede compararse con Jesús, ni tampoco es «superior» a él, como ha dicho alguien y como sospechan también no pocos cristianos.

En realidad Gandhi no sería Gandhi sin Jesús, tal y como él mismo reconoció en numerosas ocasiones. En la famosa entrevista concedida a un misionero protestante corresponsal de un periódico inglés, dijo haber tomado directamente del Evangelio el concepto de la «no violencia», con sus corolarios de «resistencia pasiva» y «no cooperación». En efecto, su «pacifismo» conserva el fuerte sabor del Nuevo Testamento y poco o nada tiene que ver con el irreal y perjudicial utopismo de tantos occidentales que creen identificarse con su mensaje.

Éstas son palabras textuales de Gandhi: «Si tuviese que escoger entre la violencia y la bajeza, escogería la violencia. Personalmente, me esfuerzo por cultivar el sereno valor de morir antes que matar. Pero quien no posee

este valor, que acepte matar y ser matado antes que rehuir vilmente el peligro. Los desertores cometen un acto de violencia mental: escapan porque no tienen el valor de afrontar la muerte.» Luego añade: «Es mejor la violencia que la cobardía: la no violencia no es una sumisión servil al malvado.» Aquí se percibe el eco del Evangelio que asocia paz con justicia; es la voz viril de Jesucristo que quiere «pacíficos» y no «pacifistas» (que no es lo mismo).

Sería una caricatura del mensaje de Gandhi el intentar apropiarse del mismo bajo esa perspectiva laica, libertaria y hedonista que identifica a tantos movimientos de hoy día, empezando por el radical, pero que también se extiende sobre capas cada vez más amplias de ex comunistas. Siguiendo con el *Mahatma*: «La no violencia debe nacer del *satyagraha* (la fuerza espiritual). Y ésta requiere el control, que sólo se obtiene mediante una constante batalla por la pureza y la castidad, de todos los deseos físicos y egoístas.» Una concepción de duro ascetismo que es todo lo contrario de lo que teorizan y practican algunos de los autodenominados «gandhianos» de hoy. Éstos se escandalizarían, además, si supieran que la famosa tolerancia del Maestro tenía un límite establecido: «No debemos tolerar nunca la falta de religión.»

Blasfema sobre el nombre de Gandhi quien se dijera inspirado por él sin poner en el centro de su vida el nombre de Dios (no es por casualidad que sobre su tumba sólo se grabaron las palabras «¡Dios!, ¡Dios!»); también sería blasfemo el que se dijera su discípulo y se situara al mismo tiempo en lo que él conjuraba como «el maldito desierto del ateísmo», por teórico o práctico que sea.

«Gandhi costaba caro, en dinero y en vidas humanas. Sabía crear un movimiento de masas pero no sabía controlarlo. Y sin embargo, siguió comportándose como un aprendiz de brujo mientras la lista de muertos ascendía a centenares, luego a miles, después a decenas de miles y aumentaba el riesgo de una gigantesca explosión entre las diversas sectas y religiones. Esta ceguera volvía absurdas las declaraciones en las que sentenciaba que no era necesario matar nunca bajo ninguna circunstancia.»

Así se expresa Paul Johnson, el historiador inglés antes citado. No se trata de un juicio aislado, por el contrario, lo comparten muchos que admiran (¿y cómo podría ser de otro modo?) las virtudes personales y el mensaje de Gandhi, pero que también se interrogan acerca de sus resultados.

Alguien se ha atrevido a sospechar que, en la práctica, la obra de Gandhi ha sido más perjudicial que benéfica para la India, por el desmesurado coste de las pérdidas en masacres y destrucción. Y, asimismo, por dejar tras de sí una herencia política que fue cualquier cosa menos gloriosa. En resumen, una vez más nos encontraríamos frente a un caso de

«heterogénesis de los fines», es decir, las buenas teorías que en la práctica producen desastres.

La India que Gandhi se propuso liberar sólo era una expresión geográfica. De los cuatrocientos millones de habitantes, doscientos cincuenta eran «hinduistas», nombre que identifica una realidad indefinida y magmática, donde hay espacio para todo y para nada, a causa de las infinitas sectas que a menudo se enfrentan entre sí. Había noventa millones de musulmanes, seis millones de sikhs y muchos otros millones pertenecían a religiones menores o eran budistas o cristianos, divididos entre protestantes y católicos. En el ámbito político, el territorio estaba subdividido entre más de quinientos príncipes y marajás dotados de una gran independencia. Se contaban 32 lenguas, 200 dialectos y 2.000 castas.

Este explosivo mosaico se mantenía unido por la administración británica que, con pocas decenas de miles de hombres, se limitaba casi únicamente a evitar la desintegración de ese enorme país, cuya unidad sólo existía sobre el papel. O solamente en los nobilísimos sueños de Gandhi, quien, con su predicación político-religiosa, actuó de detonante de la mezcla explosiva. Exactamente igual que un «aprendiz de brujo», como él mismo acabó por confesar, expresando en público su «arrepentimiento».

En efecto, la caja de Pandora se abrió ya en el primero de sus actos de agitación política: la huelga general que proclamó el 6 de abril de 1919 y que, naturalmente, tenía que ser «no violenta». Pero eso era no contar con la naturaleza humana, y, sobre todo, con la situación específica de la India.

Así, estallaron los disturbios y la violencia hasta que el 13 de abril las tropas inglesas abrieron fuego causando 379 muertos y un millar de heridos. Las consecuencias se extendieron por toda la India e hicieron oír los primeros crujidos del desastre, del amenazador combate de unos-contra-otros en ciernes.

Gandhi anunció a la multitud: «Lo que ha ocurrido ha sido por vuestra culpa y por la mía. Sí, soy culpable de haber pensado que la India estaba madura para la conquista pacífica de la independencia. Busquemos en nuestro interior las causas de la violencia que se ha desatado.» Luego dio comienzo a un «ayuno expiatorio», invitando a sus seguidores a que le imitaran.

Como ocurre siempre en el caso de Gandhi, nos hallamos ante palabras y actitudes muy nobles, pero que se hallan en la cima del idealismo, lejos de aquel realismo del que debe dotarse absoluta e indispensablemente quien, como él, desee ser un guía moral y político.

También resultan fascinantes pero del todo irrealizables (como el futuro se encargó de demostrar) sus ideas económicas de «lo pequeño es hermoso», del tejido a mano y de los sistemas tradicionales de producción e intercambio entre los pueblos.

Tras un incremento de las manifestaciones violentas —¡suscitadas por la predicación «no violenta»!— se llegó a la catástrofe de 1947, cuando los ingleses abandonaron la India a sí misma, concediéndole, con gran alivio por su parte, la independencia. Se cumplía el sueño de toda la vida de Gandhi, pero también fue uno de sus mayores sufrimientos. Escribe Johnson: «Él, que había hecho posible todo aquello, le confió a lady Mountbatten, la esposa del último virrey de Gran Bretaña: "Estos acontecimientos no tienen ningún precedente en la historia mundial y me hacen bajar la cabeza de vergüenza."». En efecto, tal como preveían todos, excepto las «buenas almas» de los utópicos, al faltarle el control británico, la India se precipitó en el caos y el enfrentamiento entre las infinitas etnias y religiones.

Gandhi siempre había mantenido con obstinación (y contra toda evidencia) que la liberación del país uniría a hindúes y musulmanes en una pacífica convivencia. Por el contrario, estos últimos procedieron a la secesión armada con la creación de Pakistán. Como declaró Francis Taker, uno de los generales ingleses que se iban: «por todas partes se desencadenó la más feroz de las barbaries, con locos homicidas que degollaban, mutilaban e incendiaban. Interminables columnas de desvalidos atravesaban el país, atacados por fanáticos políticos y religiosos».

Gandhi, «hundido de vergüenza por la India» acabó por dirigirse al virrey, que ya tenía las maletas a punto, esperando que pudiera controlar la situación. Pero los ingleses no querían saber nada de ese gigantesco avispero enloquecido, de modo que la catástrofe siguió su curso: parece que el balance de muertos estuvo algo por debajo de los dos millones de personas. Un baño de sangre que se prolongó luego en las dos guerras entre India y Pakistán, en la trágica secesión de Bangla Desh y que prosigue actualmente en los choques internos que se han vuelto endémicos. El mismo *Mahatma* cayó víctima de esa violencia a la que (si bien con la más admirable de las intenciones) había dado salida.

Tampoco lo tuvo mejor su descendencia política: su queridísimo discípulo, el Pandit Nehru, tomó el poder y lo mantuvo durante diecisiete años. Mientras que Gandhi era contrario a toda forma de socialismo, Nehru fue un «brahmán marxistizante», coqueteando siempre con la Unión Soviética y levantando una industria pesada de Estado que era todo lo contrario de la economía propugnada por Gandhi. La hija de Nehru, Indira, completó abusivamente su nombre con el del venerado Gandhi, pero su política de gran potencia (impulsada hasta la bomba atómica) también renegó por completo del mensaje del «Alma Grande». Y lo mismo ocurrió con su hijo, Rajiv.

Si, como se dice, se conoce al árbol por sus frutos, el árbol de Gandhi (impresionante en el plano ético y teórico) dio frutos amargos en el plano práctico. Tal vez sea la enésima revalidación del realismo cristiano

que no cesa de proponer el ideal pero, a la espera del Reino futuro, no pierde de vista la «realidad efectiva» de un mundo en el que el grano y las malas hierbas se mezclan hasta la siega final. El realismo del que sabe que todos deberíamos ser santos y cultivar todas las virtudes. Pero también sabe que el pecado puede tomar siempre —y en cualquier persona— la delantera.

Con su heroico ejemplo personal, con sus nobles palabras, Gandhi esperó que haría desaparecer a la bestia que todo ser humano lleva en su interior. Pero, al final de todo, la esperanza se transformó primero en una pesadilla de millones de muertos y luego en la mezquina dureza de la *Realpolitik*. Como ocurre siempre en política, la maravillosa utopía se convirtió en una pesadilla.

63. Don Franco

Con la muerte de don Franco Molinari, profesor de Historia de la Iglesia en la Universidad Católica, nuestro oficio pierde a uno de sus lectores más convencidos, a menudo entusiastas. Su aprobación era valiosa por tratarse de un especialista, autor de una cuarentena de libros y más de doscientas publicaciones científicas. Aquel juicio positivo era para mí la reconfortante confirmación de haber sabido librarme sin demasiados apuros de las emboscadas de los problemas históricos, con frecuencia muy complejos.

Con ocasión de su sesenta aniversario, nos dedicamos con «don Franco» (quien lo apreciaba siempre le llamaba sólo de este modo, a pesar de sus muchos títulos académicos y eclesiásticos) a una especie de recuento de su actividad exploradora por archivos y bibliotecas. De ahí surgió una larga entrevista que, publicada primero en *Jesús*, Molinari quiso poner como prefacio en uno de sus pequeños *best-seller*, *Mille e una ragione per credere* («Mil y una razones para creer»), publicado por Edizioni San Paolo.

«Cuanto más estudio la Historia de la Iglesia —me decía entonces— más me convengo de la verdad del cristianismo. Al cabo de treinta años de investigación y reflexión podría afirmar, con un chascarrillo, que ya no me hace falta la fe para creer en Jesús como Cristo: lo veo operando a lo largo de las vicisitudes de los siglos.»

Y eso que también le parecía claro que Dios «juega» con los hombres (o «sonríe», para citar el salmo). Juega porque «parece querer dar luz con lámparas quemadas», y porque parece divertirse desbaratando nuestros esquemas, trastocando nuestros planes, conduciendo a resultados inesperados e incluso opuestos a los que proponía.

Don Franco poseía un rico muestrario de anécdotas sobre esta misteriosa paradoja de la Historia.

Uno de los casos que le gustaba citar era el de Rodrigo Borgia, el catalán que llegó a Papa con el nombre de Alejandro VI, proverbial por lo disoluto de sus costumbres y, para muchos, símbolo de la perdición de una Iglesia que parecía más enamorada de los artistas que de los santos, y de los dioses paganos antes que del profeta de Nazaret.

Y sin embargo —ésta sería la misteriosa «broma» de la Providencia—, precisamente de los escandalosos amores de aquel Papa nació el germen de la Reforma católica. En efecto, ya en sus tiempos de cardenal, Rodrigo Borgia tenía como amante favorita a una Farnesio, Julia, denominada «la bella» por antonomasia. Julia aprovechó su relación con el ya poderoso prelado para favorecer la carrera de su hermano Alejandro que, en efecto, recibió la protección de Borgia. Éste, en cuanto fue elegido Papa (comprando las elecciones con maniobras simoníacas) lo nombró cardenal.

Como hombre de su tiempo, Alejandro tampoco era inmune a las costumbres del momento, ya que —aun revestido de aquella dignidad eclesiástica— tuvo cuatro hijos de su relación con una dama romana. Será necesario especificar (no tanto para excusar cuanto para comprender) que entonces el cardenalato no siempre estaba ligado a la consagración sacerdotal: era un cargo honorífico con el que se investía a laicos poderosos, incluso desde niños. La púrpura y la «castidad consagrada» no estaban, pues, necesariamente ligadas.

En lo que respecta a Alejandro Farnesio, en cierto momento al cardenalato se le unió el sacerdocio, y luego la consagración obispal. Y a partir de entonces se produjo en él un cambio rotundo a una seriedad siempre creciente. Cuando en 1534 fue elegido Papa con el nombre de Pablo III persiguió, a pesar de sus enormes dificultades, una sola meta durante quince años: convocar un concilio general que reformara la Iglesia y diera la respuesta más eficaz posible a la revuelta protestante.

Después de varios intentos fallidos, por fin el 15 de diciembre de 1545 se inauguró en Trento —una pequeña ciudad de los Alpes escogida por encontrarse en la frontera entre latinidad y germanismo—, el concilio que se revelaría como el punto decisivo para la Iglesia católica.

Comentaba a propósito de ello don Molinari: «Pablo III, antes Alejandro Farnesio, era el hombre justo en el momento justo, el Papa que la cristiandad necesitaba desesperadamente. Y sin embargo, no habríamos tenido este pontificado si la hermana de Alejandro no se hubiera ganado al Borgia frecuentando su alcoba. ¿Cómo no vislumbrar aquí la mano misteriosa e irónica de un Dios que "juega"?»

Pero toda la historia de la Iglesia, proseguía el historiador, está plagada de estas «bromas». Así, personajes cuya actividad pública resultó benéfica para los asuntos religiosos eran en privado hombres terribles.

Sirvan dos ejemplos por todos los restantes. El emperador Constantino, que hizo de la Iglesia la nueva protagonista de la Historia, también se distinguió por una sed de poder que lo impulsó a asesinar incluso a sus familiares. Y otro emperador, Carlomagno, cuyas acciones tuvieron buenos y duraderos efectos sobre los asuntos eclesiásticos también ordenó a sangre fría masacrar a miles de prisioneros sajones.

Seguía diciendo don Franco: «Es un Dios que "sonríe" mientras va acumulando nuevos problemas y dificultades para Su Iglesia, pero proporcionando al mismo tiempo el remedio adecuado para cada ocasión. Así, tras los siglos de hierro de un feudalismo que parecía paralizar el cristianismo, surge un san Francisco, un Domingo, para suscitar movimientos que llaman a la Iglesia a regresar a sus deberes de pobreza, de humildad y reflexión teológica. Luego, el siglo XVI, que vio desgarrarse la cristiandad, fue el que, junto a los Lutero y los Calvino, dio lugar, primero a la aparición del movimiento de la Observancia y luego a aquel florecimiento de nuevas familias religiosas que dieron la réplica a los dramáticos signos de los tiempos con una fórmula de vida religiosa inédita. Los "clérigos regulares" (es decir, la regla monástica unida a la actividad pastoral), que va desde los jesuitas a los teatinos, los barnabitas, los camilistas, los Fatebenefratelli, y muchos otros eficacísimos instrumentos de reforma y reconquista. Y el siglo XIX caracterizado por la dispersión violenta de las comunidades religiosas ¿no es también el siglo que tan sólo en Italia ve la aparición de algo así como 183 nuevas congregaciones femeninas, cada una de las cuales es una respuesta concreta a una necesidad concreta?»

Para don Franco, el misterio que iba descubriendo en los recovecos de la Historia (y que cada vez lo reafirmaba más en su fe) también se hallaba en la capacidad siempre renovada de la Iglesia de reaccionar frente a los problemas que iban saliendo al paso, «encendiendo las defensas internas, incrementando la producción de anticuerpos, sacando de improviso a la palestra a hombres y mujeres con la habilidad necesaria para reaccionar con eficacia ante los peligros y proponer simultáneamente ejemplos personales de un cristianismo acorde con los tiempos».

Una reacción que veía obrar también en la actualidad en lo que calificaba de «explosión primaveral de los nuevos movimientos posconciliares».

Ni siquiera bajo esta luz —aun lejos de todo triunfalismo y, es más, dedicando gran atención al diálogo con los creyentes—, este historiador vacilaba en subrayar la diferencia entre el destino de la Iglesia y del «mundo». Según algunas lecturas históricas, la peripecia del cristianismo,

sobre todo el católico, no sería más que una continua decadencia, una caída irrefrenable del gran idealismo de los orígenes. La realidad de los últimos siglos es, en cambio, distinta: «Precisamente a partir de Trento en adelante —observa don Franco— la historia del papado es una continua ascensión. Considero dignos de figurar entre los santos a, por ejemplo, todos los pontífices de nuestro siglo. La caída, si acaso, la veo en la cultura, que se ha distanciado de la Iglesia: una cultura que empezó en el siglo XVIII y en el XIX con grandes promesas y esperanzas y que acabó con guerras homicidas, en masacres, en ideologías inhumanas y al final en drogas y en una crisis radical de valores y planteamientos.»